

LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO Y DEL MARXISMO EN EL SIGLO XIX

La Primera Internacional

El contexto histórico

«Para que la larga lucha de las clases oprimidas por su liberación adquiriese un carácter internacional fueron necesarias unas determinadas condiciones objetivas: por una parte, la aparición de la clase combativa y con clara conciencia de su opresión; por otra parte, el hecho evidente de que la clase dominante extiende su dominio económico y político por encima de las fronteras nacionales. Esta idea del internacionalismo del capital, y por consiguiente la necesidad de un internacionalismo del proletariado para combatirlo, es algo que surge directamente de las luchas concretas de la clase obrera en los diversos países, por ejemplo, los obreros habían visto como fracasaban sus huelgas a causa de la importación de esquiroleros de otros países. La primera Internacional, surge, en última instancia, como una necesidad demostrada por la experiencia revolucionaria de la clase dominada.»

Parece ser que hay que buscar en el movimiento cartista la inspiración de la Primera Internacional. Pero el cuadro histórico del momento, marcado, en las décadas de los sesenta y setenta del pasado siglo XIX, por un auge del movimiento obrero y por el fin, al menos en Europa y Norteamérica, de la época de las revoluciones democrático-burguesas triunfantes, hará que esta Primera Internacional sea un agrupamiento heterogéneo de fuerzas socio-políticas, donde la lucha de Marx y Engels destacará por su deber de dar homogeneidad al movimiento, encauzándolo por la senda de los principios y fines del Comunismo Científico.

A principios de los años sesenta la causa de la democracia, y menos directamente del socialismo, tenía dos barricadas en la guerra de Secesión norteamericana (1861-1865) y en la insurrección del pueblo polaco contra el yugo del zarismo ruso. Aquellos acontecimientos polarizaron la atención de la

opinión pública inglesa, y fue el amplio movimiento de solidaridad con los insurrectos polacos el origen de las acciones comunes de los obreros ingleses y franceses, que en sus manifestaciones a favor de Polonia exigían hasta la intervención armada a sus respectivos gobiernos contra la Rusia autocrática, que llevaron en septiembre de 1864, en un mitin celebrado el día 28 en Londres, a la creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Los orígenes inmediatos de la AIT se encontraban en la franca y amistosa colaboración entre los sindicatos ingleses y franceses. El hecho de que el asociacionismo político de los obreros estuviera tajantemente prohibido por el régimen de Napoleón III en Francia, determinó que la AIT se asentase en Inglaterra. Pronto la nueva organización dio cuenta de su vocación internacionalista, comenzando a agrupar a los obreros de las más diversas nacionalidades. Así en la conferencia inaugural estuvieron ya presente miembros del proletariado de Bélgica, Suiza, Alemania, Polonia e Italia. En la AIT se admitían también miembros individuales, además de sociedades obreras.

La Internacional, hasta alcanzar su maduración política tras sufrir la dura prueba de la represión tras la derrota de la Comuna de París, el primer ensayo de una Revolución Socialista protagonizada por los mismos obreros, alcanzó una amplia expansión por Europa, y en parte también en América, dentro de un contexto de luchas y guerras que agitaban por entonces al viejo continente. La bancarrota de 1866 provocó un movimiento huelguístico generalizado. Aquí, la labor práctica de la Internacional ayudando a los obreros a resistir a los capitalistas, por medio de las cajas de resistencia, fue la mejor obra agitativa y propagandística para que creciera enormemente el prestigio de los «internacionalistas» entre todo el proletariado europeo.

Ahora no solo Inglaterra y Fran-

cia se colocaban a la vanguardia de los obreros de Europa, sino que se les unían numerosos destacamentos de otros países, y sin lugar a dudas, era Alemania donde más y mejor estaban encauzando los principios de la Internacional.

Ya hemos hecho referencia al momento histórico concreto en el que se crea la AIT. La época de la burguesía revolucionaria estaba llegando a su fin en Europa. Pero la frontera ideológica que separa al proletariado de la democracia revolucionaria no es aún tan abismal como para no permitir la convivencia entre grupos de demócratas radicales pequeño-burgueses (anarquistas, proudhonianos y bakuninistas, nacionalistas de naciones oprimidas) y el proletariado revolucionario. Y esto porque precisamente aún quedaban importantes tareas democrático-burguesas que resolver, para que el deslinde para la lucha abierta contra el capitalismo y por el socialismo fueran plenamente posibles. Desde la década de los cuarenta, con la aparición de las primeras obras del marxismo revolucionario, y desde que la revolución de 1848 separase definitivamente a la clase obrera de los republicanos franceses, el proletariado ha ido ganando cuotas de independencia política, que tenían que traducirse más tarde o temprano en la constitución de genuinas organizaciones proletarias. Pero ese era el caso particular de Francia, donde las luchas de clases, en aquella época, llegaban más lejos que en ningún otro lugar, como así se encargaría de demostrar la Comuna. Mientras aun fuera el Antiguo Régimen feudal el principal enemigo a abatir en una serie de países, era lógico y legítimo que proletarios y demócratas burgueses revolucionarios combatieran hombro con hombro. Y esa era la situación no sólo en Norteamérica, donde la guerra entre el Sur y el Norte era «la última batalla de la revolución americana», sino también en Italia y Alemania, en plenos procesos de unificación nacional y de crea-